

## Rudyard Kipling

Rudyard Kipling, cuya muerte conmovió el mundo de las letras, fué llamado el cantor del Imperio. De un confín al otro de las vastas regiones coloniales que posee Inglaterra, la imagen del creador de *KIM* presidía las tertulias familiares. Se reconocían todos en cada uno de sus personajes, porque Kipling aun siendo un escritor eminentemente inglés era universal por la amplitud de su creación literaria. En los escaparates de las librerías más lejanas del Imperio, en los sitios más apartados del globo, siempre había un retrato de Kipling colgando de alguna ventana, a la vista del que pasaba. Kipling que había nacido en Bombay y llevado de adolescente a Londres, conservó siempre su fervor hacia el Oriente. Volvía al Oriente cada vez que podía y cuando no lo hacía materialmente, regresaba en sus creaciones, en sus pinturas de los funcionarios, en sus cuadros admirables de la vida colonial.

Aparte de esa concepción casi dura del instinto de conquista que hizo de Britania una potencia colonial formidable, existía en Kipling, en su mecánica literaria, esa otra concepción del héroe voluntarioso y dominador que tanto halagó el orgullo de sus compatriotas. Kipling era el novelista de la vida intensa, del hombre luchador que sabe a donde va, que es sensato y optimista, que no se distrae ni dialoga con las sombras. Los héroes son hombres que poseen una profunda seguridad en sí mismos, creen en el éxito y edifican con su vida la vida del Imperio, de la cual son partículas vibrantes y laboriosas. Por eso todos sentían en Kipling a un fiel intérprete de sus sentimientos y de sus aventuras y al propio tiempo al poeta que sabía cantarlos, cantando la fuerza del Imperio.

El «British Empire» respetó a ese hombre de letras y le infundió su energía y su confianza. No lo deprimió ni le hizo insoportable la vida. Lo alentó para que continuara exaltando las virtudes de la raza y para que cantara las gestas de su desenvolvimiento conquistador. Kipling fué incommovible en este aspecto.

Los guerras crueles no le arrancaron un solo sentimiento de pesar puesto que se realizaban para la mayor grandeza del Imperio. El Imperio nació en el sueño de Disraeli, del que se ha dicho que soñó antes lo que iba a ver después. Mientras Gladstone, venido a menos, oponía vanas preocupaciones morales y teológicas a una política de batalla, Disraeli, llegado a la omnipotencia realizaba punto por punto el ensueño exacto de su romántica juventud. Esta fué la lección para Kipling. Aquel formidable político de la era victoriana creó el imperio que Kipling debía cantar, concretando en cada acto de la voluntad conquistadora, la voluntad de sus héroes que eran a su vez, ramificaciones de la nacionalidad. Kipling decía una frase que debería grabarse en estas literaturas americanas, pesimistas y heridas por el escepticismo estéril. El hombre es grande en la medida de su sacrificio para una obra pujante.

Pero es preciso descartar la sospecha del imperialismo y reducir ese aforismo a la obra literaria de creación de una literatura más optimista, con héroes que edifiquen, concepción fuerte de la vida, sin retoricismo, sin lloriqueos. Héroes que como los de Kipling en su consistencia humana, sepan a donde van y caminen con seguridad y no sin rumbo, para ser vencidos y derrotados.

Los libros de Kipling recorrieron no sólo el mundo del habla inglesa. Transpasaron también los límites coloniales para sacudir el espíritu de otros hombres, aun adversarios de la concepción británica. Y es que en esos libros se encuentra patente la universalidad de los dramas humanos y el evangelio de la energía. Si por su imperialismo excesivo, por su adoración del esfuerzo conquistador, Kipling no fué grato a todos y se le censuró en más de una ocasión con áspera agresividad, por la humanidad y por la precisión, por el acento lleno de grandeza y la multiplicidad de sus figuras reales, fué admirado y colocado entre los más genuinos representantes del intelecto inglés.